

He visto, después de muchos años, aquellos *diplomas*: el de Isidorito se ostenta sobre el bufete de un abogado, su padre, encerrado en un marco desdorado, como si acusara una ironía del ayer comparado con el hoy, denunciando el favoritismo de otra época y la imbecilidad actual, que es la cualidad notable de mi antiguo compañero de escuela. Alguien me dijo, no lo sé, que los premios del Chato iban al Empeño, y ese Chato es un muchacho de traje hecho girones, que estudia en libros prestados, vive en un suburbio, jamás falta a clase y parece prometer. . . . Cuando tal me dicen, pienso en el pasado, porque no ignoro cuál es la vida del que no posee más que un libro y un mendrugo, lucha por elevarse del cieno en que vive, perseguido por esa amargura que se encarna en todos los enemigos de la pobreza, pero me consuela saber que de ese barro amasado con lágrimas, de esa lucha con el hambre, de esa humillación continua, de esa plebe infeliz y pisoteada surgen las testas coronadas de los sabios que, os lo juro, valen más que esos muñecos de porcelana, esos juguetes de tocador, que en la comedia humana se llaman Isidorito Cañas.

EL RELOJ DE CASA

Al Sr. Licenciado don Eduardo Ruiz.

I

Una lámpara con velador verde difundía su penumbra en la vasta biblioteca, y arrojaba un círculo de luz intensa al libro abierto sobre la mesa. Se adivinaban en los estantes las apretadas hileras de libros, cuyos dorados rótulos brillaban con pálido reflejo, clareaban los pergaminos, prendían su nota clara los legajos en lo alto de los estantes, confundidos allá con grandes cajas de cartón vacías, mapas enrollados, rollos de periódicos aventados al azar y cubiertos por el polvo parduzco, que es el sudario de los papeles viejos.

Las sonoras tarimas estaban apolilladas, pero limpias, roto el pasillo de jerga, pero bien barrido; opaco el barniz de la mesa monumental a fuerza de trapearla diariamente, sobre ella se hacinaban los volúmenes y los papeles, descollaba aquí el candelero

de cobre cuya vela se había puesto amarilla con el tiempo y servía tan solo para fundir el lacre que había incrustado algunas lágrimas rojas en su estearina, allá el tintero de cobre legado por el abuelo, adquiriría los tonos verdosos del cardenillo; la tinta se había secado hasta no ser sino una costra verdosa en el tosco vaso de vidrio ordinario; se pegaban las municiones las unas a las otras, y el mango de mandado hueso conservaba una pluma enrojecida por el orín; las obleas, desparramadas sobre el limpiaplumas de paño rojo y negro, la plegadera bajo la carpeta de hule, y un prensapapeles, un casquete esférico de cristal con un paisaje cubierto de nieve en el fondo, yacía sobre el calendario del más antiguo Galván, de forro azul.

No puedo olvidar aquella pieza que olía a alcanfor: me parece que veo a mi padre con su gorra de terciopelo, hundido en la sombra de la pantalla, una mano apoyando la amplia frente, la otra sosteniendo el libro que iluminaba con un chorro de luz amarillenta el quinqué. Todo en calma, hasta el viejo reloj que tenía en su eterno *tic tac*, medroso monólogo, algo del latir de un corazón.

¡Cómo admiraba aquella máquina, que había seguido minuto por minuto toda la existencia de los antepasados! algo se decían ella y el retrato vetusto encerrado en el desdorado marco, se destacaba la efigie del fondo obscuro, eran sus facciones de señor feudal, sus carnes rojizas, su mirada indiferente y su traje ornado de encajes, de vueltas con terciopelo, de botones dorados. . . . Sostenía en una mano un fragmento de bastón y se apoyaba en un óvalo, ocupado por la leyenda en latín, que conmemoraba en letra antigua sus hechos y sus títulos.

El reloj aquel me causaba respeto: era altísimo, parecía un nicho de barnizada madera. Las grandes agujas giraban lentamente, señalando los minutos de

un centímetro; las pesas de cobre, inmóviles, el péndulo oscilando con tranquilo vaivén. . . . *tic tac*; oíase de pronto un rumor, el rumor de una sirena, y una grave campana daba la hora y le respondía un coro de alegres notas, festivos timbres, que al sonar los cuartos y las medias, fingían el repiquetear de muchos cascabeles.

Era el abuelo de los muebles aquel reloj. Las telarañas, esas canas de las cosas, tendían su red gris del tallado copete a las barnizadas perillas, y aparecía como grave y serio personaje, maniaco anciano que no sabía más que dos palabras: *tic tac*, y con sólo dos palabras, ¡cómo hacía nacer la alegría! ¡cómo engendraba la tristeza!

Reía el alba, nadie quería levantarse, abrían las puertas, entraba la luz, invadía la casa el bullicio del despertar, se alistaba el agua, metía el criado los zapatos dados de bola, y una voz cariñosa gritaba:

—¡Arriba!

Nadie oía esa voz; nadie quería pensar en el colegio hasta que la campana sonaba siete veces, y a su aviso ¡fuera sábanas, fuera pereza, a desayunarse!

Llegaba la noche, apagábanse las luces, morían los ruidos. Los últimos recuerdos del día se agolpaban a nuestra imaginación de niños, quitándonos el sueño, pero el grave reloj anunciaba al dar las horas, que era tarde; su *tic tac* nos arrullaba y nos dormía. Allá, en sueños, se adivinaban unos pasos quedos, una persona que se acercaba al lecho, componía las colchas, arreglaba la almohada, pasaba la mano por sobre nuestra frente, espantaba los moscos, y después, sin rumor, suavemente, imprimía un beso en nuestra frente. Una dulce caricia, esa nocturna despedida de una madre, que nunca se borra de la memoria y que no puede substituir a ninguna otra. . . . ¡Cuán alegre era entonces el repique de las campanillas del reloj! parecía que decían: ¡hogar, dulce hogar!

Ya no era niño: habían pasado algunos años. Me atreví por fin a abrir aquella pieza abandonada. . . . No había cortinas en las vidrieras. A través del verdadero cristal se miraba una lúgubre caravana de nubes, sobre las cuales la luna, una luna amarillenta, transitaba lentamente. Parecía la fúnebre lámpara de aquella procesión de novicias vestidas de blanco.

Pálida faja de luz bañaba el piso. A su vago fulgor se adivinaban los objetos de la estancia; arrancaba mustios reflejos a las cosas brillantes, hundía en la sombra cuanto se perdía en los rincones y destacaba clarísimo un libro abierto sobre la mesa, una lectura interrumpida de muchos años.

¡Todo estaba lo mismo! Faltaban tan sólo los personajes del escenario. ¡Cuán amargo duelo sugería la gorra de terciopelo sobre el diccionario abandonado por aquel lector que había salido para no volver! ¡Cuán trágico el silencio de aquella pieza, en la que no latía ya el reloj, el corazón de la casa, porque las manos de sus dueños no habían puesto en movimiento la enmohecida maquinaria! Todos, todos habían muerto, hasta el reloj, condenado eternamente a señalar las dos y cinco minutos, que por terrible coincidencia había sido la hora fatal para nosotros, para los huérfanos!

Me había hundido en el sillón de baqueta. ¿Qué pensaba con la mirada fija en el suelo iluminado por la luz de la luna? ¿Por qué desfilaban por mi mente los recuerdos que parecen salir de la tumba, como yertos Lázaros que evoca la memoria y nos hablan todos de pesares, ni uno solo de esperanzas?

No podía dormir, me revolvía en mi lecho con las ansias del insomnio. . . . Algo, algo me hacía falta para reposar tranquilo. . . . El arrullo del reloj! Jamás olvidaré el áspero crujido de la maquinaria cuando

la moví, el sobresalto que me causó el rumor de la cuerda y la impresión indescriptible del *tic tac*, la misma que me hubiera hecho el oír lamentarse a un muerto, y aquel muerto reloj parecía lamentarse. Y no me arrulló el vaivén de su péndulo, al contrario, semejaba misterioso cuchicheo de palabras, el viejo instrumento estaba agitado, hacía desordenados movimientos, como si luchase con la vida; sus gastados muelles no tenían fuerzas para hacer girar la aguja torpe que marcaba las horas; había en su máquina algo de las ansias de la agonía, y yo, yo, con el oído atento, tenía compasión de él como si fuese un paralítico al que se forzara a mover los miembros inertes. . . . Por fin, pareció animarse largo rato: oí aquel ruido que me recordó toda una infancia. Pero no, no me infundía aquella calma, no decía *¡hogar, dulce hogar!* parecía gemir: *¡no está, no está!* No, no era el arrullo lo que me faltaba, no: al ruido de la grave campana no se habría la puerta, nadie entraba de puntillas, nadie contenía el aliento al acercarse al lecho, nadie componía las colchas, nadie posaba su mano en mi frente antes que unos labios cariñosos desearan en ella un beso de madre. Ese beso, ese inolvidable beso me faltaba, ese beso que equivalía a una oración entonces; dulce poema en una frente que cruzaban tan sólo los blancos sueños con perfiles de ángel. . . . Recuerdo imborrable que detiene al borde de todos los abismos, como si de la región a donde van los que mueren descendiera a la tierra un salvador aviso. . . . Con razón era tan triste tu alegría, viejo reloj; con razón tan lúgubre tu constante murmurar *¡no está, no está!*

OYENDO ROMANZAS

Aquellas noches de octubre eran muy frías, y salía de una clase particular de *español* un poco tarde. No tenía *paletó* y la señora de la casa de huéspedes donde yo habitaba, viuda de un inválido, por más señas, me prestaba un *cachenez* de su *difunto*, diciéndome con un tono maternal: «Abríguese bien, Peredo, porque las pulmonías andan haciendo de las suyas.» Envuelta media cara en el *cachenez*, que olía a guardado, ese olor heterogéneo de lináloe, alcanfor ropa limpia y Kananga, me levantaba la solapa del saquillo, bastante delgado, y con las manos en las bolsas, el libro bajo el brazo, el sombrero hasta los ojos y alzados los hombros, salía de la casa de mi profesor y me encaminaba a la mía. Las calles estaban solas, inundadas de luna. En aquella claridad pálida y vaga, prendía su triste nota la linternilla de un gendarme, y a lo lejos, la iluminación de puertas y ventanas con sus manchas rojizas y simétricas. Mucho pensaba por aquellas aceras sin transeuntes, conjuga-

ba mentalmente el último verbo aprendido, silbaba sonos oídos o improvisados que resonaban estridentes en aquel silencio de la ciudad dormida, me esperaba un buen éxito en los exámenes y con tristeza, con una profunda tristeza, recordaba el distante pueblo, mi casa vacía y aquel rincón de la parroquia en que reposaba el último de los míos, y como si saliera de las paredes, oía una voz que me decía las mismas palabras que pronunciara mi tutor al mandarme a México:

—Samuelillo, mucha aplicación, solito vas a formarte un porvenir, el tiempo perdido hasta los santos lo lloran. Y con su eterna manía de citar pensamientos y aforismos extranjeros, agregaba con estropeada pronunciación: *táims is monel*. . . —el tiempo es dinero. —Haces bien en llorar, hijito, haces bien, porque de que uno pierde a sus padres, todo lo ha perdido en la vida. . . Conque estudia. . .

Y oprimía la pasta grasosa y rasguñada de mi *Gramática de la Academia*, murmurando con una melancolía que me llegaba al alma:

—¡Todo se ha perdido en la vida! . . .

Quiere decir que ya no volverían aquellos tiempos de montar a caballo, caer rendido de correr por las lomas, rezar el rosario, y medio dormido, sentir que una mano inolvidable tocaba mi frente, me *tapaba* bien con las colchas y después, un beso en la frente, antes de que apagara la vela. . .

—Buenas noches.

—Buenas noches, mamá, respondía abrigándome bien.

Ya no volverían aquellos días de sol, ya no, y sin comprender a fondo la verdad amarga de las palabras de mi tutor, volvía a repetir: «todo se ha perdido en la vida, haces bien en llorar. . .»

Un coche pasaba en aquellos momentos, me sentía mal en la calle y precipitaba el paso.

La señora Gertrudis se me representaba en el corredor esperándome muy inquieta:

—¡Ah qué Peredo este! ¡Qué horas son estas de llegar! Ya tapamos la lumbre, la cena estará helada. ¡Le hacen un chocolate? Y pasaba al comedor calientito. Un grasoso mantel, manchado de salsa y de café, estaba tendido, junto al plato los cubiertos de mango negro y al frente el vaso sucio, el *birote* frío y la jarra de tocador llena de agua, el todo iluminado por la trémula flama de un velón en candelero de hoja de lata. . . Cenaba con apetito, sin quitarme el sombrero, y me dormía sin que nadie me hiciera una caricia, sin que nadie me diera las buenas noches.

Todas las noches la misma idea me agujoneaba, acelerando mi paso por las calles y no veía las horas de llegar a la casa de huéspedes. . . Pero al pasar por el callejón del Chopo, me detenía en la esquina, aguzaba el oído: ni un rumor. . . no estaba cantando. . . y avanzaba hasta llegar cerca de sus ventanas para espiar. La cortinilla de la vidriera estaba alzada: se veía el piano con su verde funda por los suelos, las dos velas ardiendo alegremente, arrancando relámpagos al barniz del mueble, y en el atril el forro abigarrado de una romanza. ¡Ya habría estudiado? Y como un enamorado, me paseaba a lo largo de la calle, espionando de reojo a la sala de aquella elegante vivienda.

¡Qué cómodo se había de estar en los amplios sillones de oro y púrpura! ¡Qué suavidad la de la blanca alfombra, en la que se desparramaban dibujos de rojas y gigantescas flores! ¡Cómo adormecería el *tic tac* del reloj alegórico de bronce! ¡Y qué dulces emanaciones, qué ráfagas de incensario brotarían del jarrón henchido de violetas! . . .

No sé qué hubiera dado por entrar a aquella casa, arrellenarme en uno de los sofás, entrecerrar los ojos y oír la dulce voz de aquella joven vestida de percal

y que tenía tan bellos ojos. . . . Yo, figúrense ustedes, un pobre muchacho salido del rincón de un pueblo, no conocía más elegancia que la de las nubes incomparables de su amplio horizonte y la de aquellas blancas y pálidas corolas acuáticas que surgían del pantano. Así es que horas enteras estudiaba uno por uno los detalles del saloncito aquel y dejé más de un sueño en los pliegues de sedosos cortinajes y en la guirnalda de bronceados tréboles del techo. . . .

Una vez sentí impulsos de llorar sin saber por qué. . . . El señor, un señor viejo, leía junto al piano su periódico, la madre arrullaba a un diquillo que mordía en sueños un pedazo de bizcocho y *ella* describía, *sotto voce*, los compases de una romanza: reinaba una calma de hogar honesto, se pintaba con gesto tan paternal la beatitud del padre en la sonrisa de sus labios al leer la *gacetilla*, oprimía con amor tan tierno la señora al muchacho, y *ella* con tal dedicación dedeaba los *bemoles*, que no sé por qué lejana asociación de ideas volvía a mis oídos la palabra severa de don Próspero. . . . Todo se ha perdido, haces bien en llorar. . . .

Me sobresalté, un compañero de colegio entró a la sala, aventó su sombrero sobre una silla juntamente con un libro. . . . El padre se puso en pie de un salto, palideciendo, la señora hizo lo mismo despertando al muchacho que se puso a llorar, y *ella*, ¡oh, si hubiérais visto de qué modo sonreían todos! ¡cómo lo abrazaban! y él con qué aire de triunfo enseñaba un papel. Todos se agrupaban junto al piano para leerlo a la luz de una vela, y él tomaba la palabra y parecía describir algo muy reñido, haciendo ademanes, imitando con el gesto a alguien de genio austero. . . . se paraba, reía, se frotaba las manos y el auditorio parecía extasiado. . . . suspenso, feliz. Se había examinado, sí, precisamente ese día le tocaba, y lo habían aprobado probablemente. . . . y lo abraza-

ban, y el señor, con un aire grave, sacaba de su cartera un billete y se lo entregaba. . . . como un premio. . . . ¡Cuán distinto era mi recibimiento! Mostraba el certificado a doña Gertrudis, la viuda del inválido, y me preguntaba:—¡Y ahora esto para qué sirve?—¡Como para qué! Es nada menos que un año de estudios. . . .—¡Vaya! ¡Ah! y ya estará la cena fría. . . .

Y de mi corazón de muchacho infeliz brotaba un inmenso deseo de querer a una familia. . . . ansiaba una urna, cualquiera que fuese, para derramar en ella el raudal de mis inexplicables afectos. . . . Y veía a aquellas gentes de la sala roja como viejos amigos, me parecía que aquel sillón vacío era mi puesto, junto al piano, y aquellos muchachos mis hermanos.

Una noche, no sé quien de los vecinos dijo a mi espalda:

—Ahí va el enamorado de Carlotita.

Quisiera haberle respondido:

—Tiene usted razón, soy uno de esos infelices que no tienen familia, paga porque le den de comer, lo traten con cierta educación, en la casa de la viuda de un inválido, quizá es un poco poeta, y le falta algo, algo que no se compra, algo como un cariño, algo que le haga olvidar las desconsoladoras frases de don Próspero:

—Todo se ha perdido, haces bien en llorar. . . .

Si encontrar eso es amor, ¡oh, sí, yo idolatro a Carlotita!